

**EL OLIVO Y EL ROBLE**, de Gabriel Sanz  
Diario "El Mundo", 23 sep. 2018,

Rentería (o Errentería, como la llaman ahora) no es lo que suele denominarse un lugar hermoso. Tendrá las virtudes que se quiera y no seré yo quien se abstenga de celebrarlas; pero hay que trabajar con ahínco para encontrar entre dichas virtudes unos asomos de belleza. Hacía tiempo que no caminaba por sus calles. Ocurrió el pasado 15 de septiembre, un sábado de cielo azul sólo mancillado por las rayas blancas que dejan a su paso los aviones.

El autobús urbano me dejó algo lejos del centro, entendiendo por centro la plazoleta que separa la iglesia y la casa consistorial. Colgaba ropa abundante puesta a secar en miradores y ventanas. En estos apretados inmuebles de factura funcional se puede averiguar con sólo levantar la vista hasta el color de las prendas íntimas de los vecinos. Me sorprendió la ausencia de marcas ideológicas en la parte inferior de las fachadas. El perro señala con orina su territorio; el hombre se asegura el espacio público mediante lazos, banderas, pintadas u otros símbolos de identificación grupal.

La cosa cambió cuando llegué a lo que sin criterio geométrico he denominado centro del localidad, que aún es, con la pintura un tanto desvaída, una especie de ciudadela del patriotismo autóctono combativo. Vi un mural en favor de la causa kurda y después lo típico, aunque en menor cantidad que antaño: presos a casa, un pintarrajo afrentoso contra el PNV, algún que otro trapo reivindicativo en la verja de los balcones, así como, en el muro lateral de la iglesia, una llamada a la independencia y la efigie estarcida de Argala, a quien, quizá por falta de espacio en la cara frontal del contrafuerte, le han clavado en la oreja una estrella roja de cinco puntas.

Tal vez debido a la hora temprana encontré cerrada la oficina de información en el soportal del ayuntamiento. Un poco más allá, en la avenida de Navarra, abordé a una señora. Es habitual en los nativos vascos la repetición de partes de la oración cuando desean ponderar un objeto o una acción o ser entendidos de la manera más precisa posible. La renteriana me dijo amablemente que la parada de taxis estaba *todo palante, palante, palante*, de donde deduje que el sitio se encontraba a una distancia aproximada de 300 metros, a razón de 100 metros por cada palante, como no tardé en verificar.

El primer taxista de la fila no vio problema en subirme hasta los Altos de Perurena. Por el camino le declaré mi intención de asistir al homenaje que se le iba a dedicar esa mañana a Antonio Cedillo en el paraje donde hace 36 años fue asesinado por un comando de ETA junto con otros tres compañeros, todos ellos policías nacionales. Justo es recordarlos por su nombre: Jesús Ordóñez Pérez, Juan Seronero Sacristán y Alfonso López Fernández. Un quinto agente, Juan José Torrente Terón, sobrevivió con secuelas graves. El taxista estaba informado de aquel lejano hecho sangriento, si bien algunos pormenores de su relato se apartaban levemente de lo que en realidad sucedió; pero lo esencial, vamos a decir, lo sabía. Antonio Cedillo no murió en la emboscada, sino minutos después, cuando los terroristas lo remataron tras detener la furgoneta del hombre compasivo que lo llevaba al hospital.

El homenaje se celebró en una campa, a las espaldas del restaurante Mugaritz. Montes arbolados en rededor, hierba bajo los pies, olor a silencio campestre, sin una mota de viento, y una temperatura de paraíso. A mi llegada, ya había un nutrido grupo de participantes arracimados al grato sol de la mañana. Pude distinguir entre ellos una variada representación del espectro político sin distintivos ni banderas ni gaitas

encaminadas a instrumentalizar lo que no era sino una sencilla celebración de la concordia.

Cada cual acudió con su indumentaria y el personal tamaño de su humanidad. Eso bastaba. Saludé a José Miguel Cedillo, el hijo del asesinado, quien con la colaboración del alcalde de Rentería, Julen Mendoza, de EH Bildu, había impulsado a título individual el acto que allí nos congregaba. Le deseé la tranquilidad o alivio psicológico que, según le había yo escuchado de víspera en una entrevista televisada, había venido a buscar al País Vasco después de tantos años, así como la reconciliación con el lugar donde su padre fue asesinado. Besé a su madre, abracé a la hermana del difunto y les di las gracias por la iniciativa que habían tenido, valiosa puntada en la difícil cosedura de nuestro desgarrón social. "Necesitamos gestos como este", les dije. Los necesitamos todos, incluidos los que ignoran que los necesitan y, en particular, aquellos que todavía no están del todo en claro con su conciencia.

Más tarde estreché la mano de Gorka Landaburu, mutilada en su día por un paquete bomba. A Landaburu le oí pronunciar una frase que me sigue rondando el pensamiento: "Se ha borrado el odio de las miradas". Me emocionó abrazar a Naiara Zamarreño. "Metí a tu padre en mi novela", le dije. "Me esforcé por tratarlo bien". Su risueña aprobación me puso al borde de las lágrimas. Me confesó que no puede leer los pasajes relativos a su padre, asesinado por ETA una mañana de 1998. Me dijo que la sola mención al barrio de Capuchinos en mi libro le causaba una dolorosa impresión que le impedía proseguir con la lectura y yo lo comprendo y así se lo expresé. Tuve asimismo ocasión de saludar a la viuda de, a la hija o el hijo de: familiares de víctimas del terrorismo fatalmente identificados con el ser querido que les arrebataron.

Había un micrófono a la sombra de un árbol. El alcalde tomó la palabra. Todos y todas, vosotros y vosotras y el imposible, desde la perspectiva del varón, nosotros y nosotras. Ponderó la imaginación frente a las certezas, y habló sobre el dolor y sobre la responsabilidad de su ayuntamiento con una vibración de veracidad que no es frecuente entre sus correligionarios. Y José Miguel Cedillo le correspondió ante el micrófono con un emotivo alegato contra el rencor y en favor de la convivencia en paz entre los hombres. Dos mujeres interpretaron al violonchelo y el violín diversas piezas musicales. La música y los discursos dieron paso al abrazo de un abertzale sensible y el hijo roto de un policía asesinado, ambos con lágrimas en los ojos. Y cuando a continuación Julen Mendoza, abrazado a la viuda, estampó a ésta un beso en la mejilla, se me llenó el pecho de una cosa que, para entendernos rápidamente, llamaré esperanza.

En el borde de la fatídica carretera está ahora plantado un olivo traído de Olivares, Sevilla, el pueblo del asesinado. Hay muchos sitios de España que acaso estén esperando un pequeño roble de los vascos, sobre todo de algunos vascos.